

mos que un comentario de esta novela ha de interesar tanto a las personas capacitadas para leer en la vieja lengua de Aitor como a las que, desde fuera, asisten en calidad de espectadores al fenómeno cultural, rayano casi en renacimiento, que está produciéndose en el seno del euzkera escrito. *Elsa Sheelen* representa a este respecto, en el sector de la novelística, un esfuerzo notable, máxime de lenguaje. Quizá alguien haya podido achacarle cierto desfase entre la problemática que aborda y su construcción novelística; temática de hoy; planteo expresivo, lineal, un poco de ayer. En efecto, la novela discurre en forma de narración lineal —con rápidos «flash-back» evocativos— desde el instante en que Elsa descubre el desamor de su marido Luc, hasta su final trágico, y en medio, el análisis proustiano, minucioso, de una soledad preñada de frustraciones. No será, tal vez, *Elsa Sheelen* la novela vasca cumbre que todos esperamos. Ni siquiera quizá la cima literaria de su propio autor, J. L. Alvarez Enparantza. Desde su *Leturariaren egonkari ezkutua* («El diario secreto de Leturia») hasta la novela que nos ocupa media un paso de gigante. Lo que importa decir —en cierta manera, dialogando con Patri Urkizu, autor de *Literatura eta Kritika*— es que libros así son, para el futuro literario vasco, de todo punto necesarios. Y por ende, meritorios. Esto es, de cara a un pueblo que trabajosamente se «alfabetiza» en su propia lengua original, una lengua fragmentada, para mayor dificultad, en dialectos, y que pide a gritos una urgente unificación (¡siempre delicadísima!), es necesario crear, poco a poco, una *coincidencia lingüística*, para lo cual no vemos más camino que el emprendido por J. L. Alvarez Enparantza. Porque ni Axular, con ser nuestro mejor clásico, ni su *Gero*, agotan las inmensas posibilidades del euzkera, cuya potencia expresiva total se halla, hoy por hoy, repartida en el pueblo, sin que ningún Cervantes vasco haya logrado aún asumirla por entero. *Elsa Sheelen* cumple, pues, con generosidad, un primordial ob-

jetivo: narrar, aunque sea linealmente, la peripecia de una existencia actual, con sus implicaciones socio-políticas (en este caso, las de Bélgica), con el paisaje incorporado como elemento expresivo, y hacerlo a base de un lenguaje despótico y hasta salvajemente dominado. Para resumir, *Elsa*



Sheelen, más que una novela novelística, supone, por encima de la indudable poesía que nos transmite, una decisiva aportación de orden lingüístico. ■ B. DE ARRIZA-BALAGA.

(1) J. L. ALVAREZ ENPARANTZA («Txillardegia»), *Elsa Sheelen*. Bilbao, 1969.

De Lautreamont a Max Stirner

Editorial Mateu (expediente de crisis) ha concebido una extrañísima colección en el contexto de sus fasciculares programaciones: *España, ¡qué hermosa eres!* o *Dolça Catalunya*. Esa extrañísima colección lleva nombre de obra maldita —Maldoror— y ha sacado al mercado hasta ahora los cantos de Lautreamont que le han dado nombre; *La federación y el socialismo*, del presocialista español Fernando Garrido; *La Bruja*, de Jules Michelet; *El Insurrecto*,

de Jules Vallés, y *El único y su propiedad*, de Max Stirner. Estamos, pues, ante una programación editorial muy cualificada que va cubriendo importantes lagunas de la convencionalísima sabiduría convencional hispana. La aparición de los *Cantos de Maldoror* coincidió con la edición paralela de Barral Editores, pero los títulos posteriores aportan parcelas enteras de desconocido conocimiento literario y cultural. Dentro de la extensiva cultura compartida suelen emplearse familiares expresiones que ayudan a dar por sentada la sabiduría del que habla: los socialistas utópicos españoles, los jóvenes hegelianos, etcétera, etcétera. La programación editorial de la colección Maldoror nos pone en contacto directo con las entelequias semánticas de las conversaciones más afortunadas.

Cada título tiene un interés determinado por un campo natural de conocimiento, pero en conjunto parecen orientarse hacia una valoración de la cultura marginal que, en definitiva, hace explicable las sublimaciones que nos han llegado. Normalmente, en la literatura marxiana, hemos tenido la referencia cultural de las discrepancias entre el joven Marx y los discípulos hegelianos de Berlín (los *Die Frieren*). Stirner fue uno de aquellos jóvenes hegelianos, junto a los Bauer, Buhl, Szélig y los escisionistas-hegelianos Marx y Engels. Esta escuela ha permanecido en la memoria cultural de Europa más por las críticas que les dirigieron Marx y Engels que por su propio merecimiento. Y, sin embargo, contra lo que pudiera creerse, la influencia de los jóvenes hegelianos, adaptadores del maestro a las necesidades intelectivas de la burguesía decimonónica, ha sido profunda y diversa: está detrás del reformismo socialista desde sus orígenes y está detrás del sustrato ideológico del anarquismo y el nihilismo filosófico. Según el prologuista David Martín, *El único y su propiedad* es la crítica más audaz y extrema de la religión y la filosofía especulativa: «Las páginas de *El único y su propiedad* son el desarrollo de esta reapropiación del único que pasa por la des-

trucción de la moral al humanismo, de la familia a la sociedad. En este sentido Stirner critica a la vez a Hegel, Feurbach, Ruge, Bauer, Proudhon y Marx». Esta recuperación del hombre que escribió: «Mi propiedad es toda mi existencia y mi esencia es Yo mismo... soy propietario de lo que está en mi poder o de aquello que puedo», parece como un viaje a las fuentes del neoanarquismo, de la resurrección de Nietzsche, del subjetivismo de la marginación.

El mismo papel de retorno a las fuentes puede cumplir el revival de Jules Vallés emprendido por Mateu-Maldoror y Alianza Editorial. Vallés, *l'enragé* perpetuo, puede pasar por bisabuelo moral del mayo francés y, en el mismo orden, puede situarse el retorno curioso a los socialistas utópicos españoles, desde el fascinante y romántico Sixto Cámara hasta el entrovertido Fernando Garrido. El prólogo de Maluquer de Motes a *La federación y el socialismo* es un magnífico estudio de Garrido y el fondo del progresismo español en su difícil evolución desde los extremistas liberales a la socialdemocracia y el anarquismo, pasando por utópicos como Garrido, desbordados en su vejez por el socialismo científico o por las simples actitudes consecuentes de Anselmo Lorenzo y sus muchachos.

A uno u otro nivel, toda la colección Maldoror es una apasionante zambullida en el espíritu del siglo XIX; el espíritu, concebido como el pensamiento que genera acción y a su vez es conformado por la misma acción, que intentaba tomar conciencia de la acelerada realidad industrial, con la sentimentalidad destruida por la moral utilitaria y el lenguaje a punto de naufragar en una nueva retórica. El hasta ahora corto viaje entre Lautreamont, príncipe de las tinieblas, y Max Stirner, profeta de Nietzsche, es uno de los más interesantes itinerarios turístico-culturales que puede permitirse un «amateur» de la precultura, la contracultura, la sobrecultura o la poscultura. Mucho más fascinante que los itinerarios fasciculares a que nos tenía acostumbrados la editorial encuadradora. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.

Del origen de los conocimientos

La Colección Beta (A. Redondo, Editor, Barcelona) está realizando un excelente esfuerzo en la publicación de obras que, teniendo al mismo tiempo un gran rigor científico, estén al alcance de culturas medias no especializadas. «La epistemología genética», de Jean Piaget, que acaba de publicarse, es una privilegiada muestra de ello. La tesis general de Piaget tiende a demostrar que la inteligencia se construye por una serie de asimilaciones y adaptaciones recíprocas del individuo y el medio; el pensamiento lógico es una resultante de la interiorización de operaciones que son, al principio, concretas y materiales, de forma que la acción precede siempre al pensamiento y las normas lógicas expresan, en principio, la eficacia de las acciones individuales y sociales, luego la eficacia de las operaciones y solamente al final la coherencia del pensamiento formal. Especialista de la psicología de la infancia, Piaget señala cuatro fases esenciales: desde el nacimiento hasta los dos años, adquisición de la inteligencia sensomotriz o inteligencia práctica; de dos a siete años, acceso al pensamiento —por influencia del lenguaje y la socialización—, pero asimilando la realidad a su actividad propia; de siete a doce años, conductas de reflexión, alejamiento del egocentrismo, bajo la influencia de los juegos colectivos, y, a partir de los doce años, capacidad para las operaciones formales y para la sistematización. En la introducción para este libro —que es un resumen de su larga obra escrita y de las investigaciones del Centro de Epistemología Genética de Ginebra, que dirige— señala la idea básica de sus trabajos: «Que el conocimiento no puede concebirse como si estuviera predeterminado, ni por las estructuras internas del sujeto, puesto que son el producto de una construcción efectiva y continua, ni por los caracteres preexistentes del objeto, ya que sólo son conocidos gracias a la mediación necesaria de estas estructuras, las cuales los enriquecen al encuadrarlos